

# **En el límite**

**Historias de adolescencia y adicciones**



Financiado por:



POR SOLIDARIDAD  
**OTROS FINES DE INTERÉS SOCIAL**



LA RED DE ATENCIÓN  
A LAS ADICCIONES

Editado por UNAD

Textos: María Navas Sánchez

Fotografías: Leo Cobo

© UNAD 2020. Todos los derechos reservados.

# **En el límite**

Historias de adolescencia y adicciones

María Navas

**¿Qué  
te**



**apuestas?**



El vapor caliente escapa por el pasillo en remolinos que huelen a colonia y jabón.

Todo está en calma, menos el baño, donde no cabe ni el gato, que observa el lío de piernas y albornoces. Descalza sobre una toalla, Maca, la mayor de las tres, limpia el vaho del cristal, Eli busca un rímel que no esté seco y Sandra, su hermana pequeña, se asoma a la puerta cargada de trapos.

—¿Qué me pongo? ¿Vestido o este pantalón?

Eli murmura algo con Maca; no la han escuchado. Sólo piensan en estar perfectas porque la noche lo merece. A Sandra no le apetece ponerse un vestido, pero está dispuesta a salir “en plan mona”. A ella lo que le encanta es mirarlas, observar cómo logran esos acabados increíbles. Son artistas del maquillaje. Transforman una cara normalita, con granos y ojeras, en un lienzo perfecto. Y todo con varios pinceles y unas cuantas sombras que ahora se desparraman sobre el lavabo.

Eli es la mejor. Concentrada como un cirujano, traza con precisión el eyeliner en cada párpado. Deben quedar exactas, iguales. Ni respira. Es el momento más delicado de todo el ritual, porque al menor descuido se te va la raya.

Sandra no quiere pintarse así, ella es más de estética anime. Pero tampoco va a dar la nota y que le digan algo que estropee los planes, tipo “con esas pintas, no vienes”..., en fin, esas cosas. Se trata de arreglarse un poco, lo justo, no vaya a ser que cambien de opinión.

La intención es pasar desapercibida. Es la primera vez que sale de fiesta y todo le parece excitante. Mágico. Los colores brillan más. El sabor a fresa del gloss es más potente. El tacto del cinturón rojo, más suave. Incluso los aromas de la calle, que se funden con los que ascienden por el patio (quizás a coliflor) ya no le parecen insoportables. El mundo suena a risas y la vida es un parque de atracciones. Hoy se va con ellas. Sus padres ni están, ni se van a enterar. Eli ha dicho que sí y punto.

—Gracias, eres la mejor hermana— canturrea al pasar por el baño.

La otra sonrío y sigue con lo suyo.

Sandra, ante el armario, prueba con un vestido, pero no se gusta. Mejor una camiseta chula, quizás leggins.

Bueno, si acaso “algo de brilli para no decepcionar... Sí; la camisa azul oscuro quedará bien. Además, es suave y el color superbonito”, piensa.

En nada está lista, aunque debe pasar la prueba final. Así que se acerca con un poco de miedo al salón, donde están las mayores bebiendo birras.

—¡Enana, estás estupenda! Me encanta la camisa, te queda genial— le suelta su hermana.

Sandra, satisfecha, sonrío con disimulo y con los nervios apura de un trago el botellín de Eli.

—Mira la niña y parecía tonta —advierde Macarena que también acaba el suyo.

Sí. La tarde empieza bien.

La gente va tomando sitio en la explanada donde se celebra el concierto. Pequeñas tropas arrastran bolsas de plástico, mochilas y hasta algún carrito de la compra. Luego, despliegan sus víveres por el suelo: refrescos, botellas, montañas de latas. Forman pequeños corros en torno a las botellas de alcohol, como si se tratara de una hoguera donde reluce el vidrio en lugar del fuego.

Un chico vocea la oferta de la tarde:



—Traigo un “pack”, gente. Son 10 euros: bolsa de hielo, botella de vodka, refresco, hielo y cuatro vasos. ¿Bien, no?

Fede, el hermano mayor de Sandra, lleva un rato esperando a su colega, pero ha merecido la pena.

—Bien hecho— le felicita con dos palmadas en la espalda.

—Me he cruzado con tus hermanas. Oye, la Sandra... que ni la conocía. Cómo está de grande, eh...

—Shhh. Mucho cuidaíto con lo que dices. ¡No te pases un pelo!

El atardecer pinta de rojos la primavera. Corre una brisa caliente que activa los sentidos, eriza la piel. A orillas de la carretera, de repente suena un tema que exalta a la gente y eso que aún queda un rato para que empiece el concierto. Fede sube la música del móvil para imponer su propia banda sonora. Es un tío serio, de esos que tienen su propia opinión. De hecho, se hace respetar sin esfuerzo, sin apenas abrir la boca. Con una mirada consigue callarte. No necesita más. Y él lo sabe.

Con la actuación de la segunda banda, la euforia se desborda, pero el sonido de una sirena se impone sobre las canciones. Hay quien se acerca a mirar qué ha pa-



sado, luego guardan silencio ante el cuerpo tendido en el suelo, como en señal de respeto. En el grupo de Fede prefieren hacer apuestas:

—Éste, va de Almirante...

—Sí...el ron del estudiante, —entonan a coro dos.

—Uhhmm, yo creo que va de Absolut— sentencia Fede.

Los chicos se acercan para buscar pruebas: un casco abandonado muy cerca de la camilla despeja dudas. Gana Fede. Él tiene un instinto especial para estas cosas.

Sandra hace rato que está aburrida de dar vueltas. Apenas le hacen caso y no hay ningún tema del que pueda hablar con las demás sin parecer lo que es, una niña en su primera noche de fiesta. Pedir fuego es una excusa aceptable para conocer otros territorios. Y se arriesga a la aventura.

Babosos tambaleantes la acosan por el camino. Siente una mezcla de ira y agobio, pero sigue adelante. Avanza a zancadas, con cuidado, para no pisar a nadie, evitando que algún borracho la manosee. Se sujeta el pelo, intenta adelantar por la izquierda y un tío se le echa encima, acaricia su cuello e intenta abrazarla.

—Qué bonita eres, ¿cómo te llamas?

Sandra se libera con un empujón y cara de asco. Sigue adelante dando zancadas.

En mitad de la expedición, se detiene boquiabierta ante el baile de tres chicas que realizan una especie de coreografía. No puede apartar la vista del vaivén de caderas de una morena con el pelo muy rizado. Cuando la bailarina se sabe observada, responde con un guiño y un beso al viento. Sandra siente verdadera vergüenza y se larga de allí pintando. Merodea otros grupos, busca el latido de las distintas fiestas y, de nuevo, otra ambulancia distrae su atención.

Al llegar a la zona oscura del recinto, en la frontera donde deja de iluminar el amarillo de las farolas, descubre figuras en movimiento, gente que disfruta de otra fiesta mucho más intrigante. Por un momento se plantea apartarse de todos y seguir explorando el mundo. Entonces, alguien la agarra del brazo antes de que cruce a la zona de sombra.

—¿Dónde estabas? Llevamos un ratazo buscándote ¿Cómo te largas sin decir ni pío?, ¿eh? Si es que no tenía... menuda noche me estás dando— protesta Eli.

Y ella se deja llevar sin decir nada; su cuerpo ligero obedece sin más.

—¡Venga, vamos!

—¿A casa? —pregunta sumisa.

—No. A por unos chupitos.

No hay mucha distancia hasta El Tiburón. Allí esperan las demás. La calle está plagada de comercios y locales para repostar. Cruzan un pasaje lleno de gente que consume bebidas, bocadillos, chucherías. Sandra tiene la sensación de estar flotando. Al entrar en el bar, la luz del fluorescente la deja medio ciega, aunque al cabo de unos segundos distingue detrás del mostrador a una camarera con el pelo platino que sirve chupitos a un euro.

—Guapa, qué tomas— apremia la del pelo blanco.  
—¿No piden carné? — susurra a una de las amigas.  
—Pues no, aprovecha.

Sandra analiza con sus ojos redondos el expositor de bebidas. Se muerde el labio inferior. Duda. Tantas formas, tamaños, colores... No sabe qué pedir. Las demás ya van por la segunda ronda.

—Uno azul —apunta hacia la ginebra .

Las chicas ríen, aplauden y brindan con la novata.  
—Venga, ¡de un trago!— jalean a coro.

Ella obedece. Traga sin respirar un líquido amargo que desuella la garganta.

Otro par de rondas; se parten de risa. Eli no para con el WhatsApp. Comparte los mensajes con las demás y

estallan las carcajadas. Sandra las mira desde su nube, cada vez más lejos de la banqueta en la que se apoya, más lejos del suelo.

Llega el momento de decidir. Hay que moverse. Tirar para la disco o volver al concierto; no lo tienen claro.

—Ya estarán tocando tus colegas.

—¿Y Sandra? — Pregunta Eli.

—No sé, estará en el baño.

—Aquí está el bolso... Y este móvil ¿no es suyo?

—Sí, es suyo.

La gente de la puerta charla, fuma, ríe, pero no saben nada de ninguna Sandra. Eli se lanza a buscarla; las demás la siguen con desgana. No ha sido buena idea traer a la niña.

A pocos metros del bar, varios chicos pillan latas a un chino. Uno de ellos se fija en una figura que destaca sobre el bordillo. La observa, a cierta distancia. Se acerca a hablar con el bulto. La camisa azul de seda sigue brillando en la noche, a pesar de Sandra, sentada en la acera con la cara hundida entre las piernas.

El chico se acerca un poco más, aprieta el pitillo en los labios y explora el cuerpo con la punta del pie. Sandra se desploma justo al lado del contenedor.

Ahora todos acuden a rodear el cuerpo, pero no saben qué hacer. Le golpean la cara, tratan de incorporarla, pero ella está blanda como si fuera de trapo.

Alguien propone buscar un coche y llevarla al hospital. Al final deciden que no. Sería un marrón enorme dar explicaciones. Además, ninguno la conoce. Al fin y al cabo ¿quién se arriesga por una extraña? En el suelo, la camisa azul se contrae y Sandra expulsa con una tosecilla un velo de espuma blanca.

La fiesta sigue en la explanada. Acodado sobre un murete, Fede agita el hielo de su vaso con aire experto. Habla de moverse a otro sitio, pero aún quedan botellas y la gente está contenta...

—¿Pero qué prisa tienes? —pregunta uno.

Mientras discuten a donde ir, una ambulancia abandona el callejón y pasa por delante de sus ojos. Vuelven las apuestas.

—Yo creo que es una chica; digo que va de ginebra.

En ese momento, el teléfono de Fede vibra en su bolsillo.

—Es Sandra. Raro. A estas horas... ya debe estar en la cama— se dice.

La ambulancia avanza veloz, deja atrás la fiesta y en-  
fila hacia la avenida. Poco a poco, el ruido de la sirena  
se pierde lentamente en la noche.





**Mamá**

**no**

**lo  
sabe**



El despertador sonó hace rato pero Pablo no puede moverse de la cama. Le pesan los ojos, las pestañas. Tiene la boca seca, la lengua pastosa como si hubiera cenado algo así como puré de verduras o sopa de barro...

Su madre lleva rato aporreando la puerta del dormitorio. Al principio, los golpes parecían parte del sueño pero ya no. Suenan con tanta insistencia que se está desquiciando. Cada golpe es un latigazo en sus sienes. Pablo lo tiene claro: su madre no va a parar.

—¡Ya! Mamá, ya voy.

Asoma media cara entre las sábanas y abre un ojo. Luego, extiende el brazo bajo la almohada busca el móvil a tientas hasta que, por fin, con la punta de los dedos, roza el teléfono. Estaba a su lado, allí mismo, sobre el edredón.

Las 7.15, no han pasado ni dos horas desde la última vez que lo miró.

Se da media vuelta en la cama y recuerda la emoción salvaje en la garganta. La falta de oxígeno, el corazón

desbocado. Toda su atención pendiente de una pantalla. Luego, llegó el impacto. Un golpe seco, rotundo, justo detrás del cuello y en ese instante el mundo se derrumba.

Se ve a sí mismo en la misma habitación, en mitad de la nada. No hay sitio a dónde ir. Tampoco a dónde volver. Sujeto de un hilo fino a punto romperse está preparado para precipitarse en caída libre hacia el abismo.

Alrededor, todo da vueltas en un huracán de colores estridentes y dígitos en cadena. Números y más números que bailan frente a sus ojos. A ratos, parecen cuchillos. En el estómago puede sentir las punzadas. Pablo sólo espera que la tierra se abra bajo la cama y una fuerza mágica lo engulla como un sapo a una mosca.

—Pablo, que se hace tarde. ¡Venga ya! ¡A desayunar!  
— grita su padre desde el salón.

Se empuja a sí mismo hasta la cocina, sin ganas, sin vida. No habla, ¿para qué? Suena la radio, también el exprimidor de naranjas, con el que su padre prepara dos grandes vasos de zumo mientras ojea la *tablet*. Huele a pan crujiente, a café recién hecho y a cacao. A vida cotidiana. Esa de todos los días que él ha puesto en riesgo. Siente ganas de probarlo todo y al mismo tiempo un deseo enorme de vomitar.

—“Se me fue de las manos, mamá, no me di cuen-



ta”. Vaya excusa. Menuda estupidez. No hay modo de justificar lo que ha pasa. O en realidad sí. Fue algo que ocurrió mientras él se observaba desde lejos, desde una realidad distinta. Nunca tuvo la intención de llegar tan lejos. Se le fue la olla. En realidad, ya lo hizo antes, un par de veces, pero nunca hubo consecuencias. Esta vez sí: esta vez las hubo. Las habrá. Ya lo creo que las habrá y lo curioso es que cuando piensa en ello siente alivio, como si esperara ser descubierto.

Pablo traga un poco de zumo para quitarse el sabor a miedo y asco. Sólo consigue que baje hasta la boca del estómago un nudo aún más amargo, aún más molesto.

Su padre unta mantequilla en el pan y hace comentarios sobre el tiempo, el finde y la próxima excursión al monte.

Ahora observa a su hermana pequeña, esa sí que es feliz. No levanta la vista de la pantalla. Sin pestañear, tan a gusto, viendo los mismos dibujos de siempre. Apretando los diente-cillos de ratón en su taza de cacao.

—Qué sabrá ella lo que son problemas, se dice.

Es increíble verlos sentados en la mesa, como si nada. Como si todo pudiera seguir siendo igual que siempre. Si la vida le diera una segunda oportunidad. Si en rea-

lidad aquello no hubiese pasado. ¿Y si fuera un sueño? Uno de esos que parecen reales y te cortan la respiración, pero entonces te despiertas y comprendes de repente que todo es falso, una mentira de tu cabeza, una pesadilla.

Menea la cabeza y consulta el móvil de nuevo para buscar señales, mensajes, alguna huella de la noche anterior.

—¿No desayunas, Pablo? ¿Estás bien? Hijo, tienes mala cara... —comenta su madre, mientras le palpa la frente.

Pablo quiere contestar, decir algo, contarle toda la verdad. No le da tiempo porque ella sale corriendo hacia el salón, persiguiendo esa musiquilla tan insoportable que se ha puesto en el móvil. Y de repente, ya no hay música. No se oye el taconeo de las zapatillas de mamá. Ni un ruido. Silencio. ¿Qué ha pasado?

—Date prisa; desayunaaaa. —ordena su padre.

Su hermana le ofrece el cacao en un gesto de amor. Con la sonrisa llena de chocolate le brinda su tazón. Pablo se emociona al mirarla -es tan pequeña, tan feliz.

Siente una punzada en el pecho. La niña alarga una mano, pero no es capaz de sostener todo el peso de la



taza. A cámara lenta se le escurra de las manos y rocía sobre el mantel un mar de chocolate.

—Nena, ¿pero qué haces?

Pablo no reacciona. Se queda quieto mirando con cara de bobo los salpicones en la camisa de su padre, el charco de cacao sobre la *tablet*. La voz de su padre protestando suena muy lejana.

—Mira cómo me has puesto... cómo te has puesto tú. ¿Pero dónde está tu madre?

Y resulta que mamá está allí. Justo detrás. En el umbral de la cocina, tan seria e inmóvil como una estatua. Sigue sosteniendo el teléfono y mirando al techo de la cocina, como desesperada.

—No, no... Imposible. Bueno, usted dirá lo que quiera, pero le digo que no... Pues, claro que no. Faltaría más. Llamamos a quien haga falta, es imposible y se lo demuestro. En una hora estamos allí. Adiós, buenos días.

Al colgar, la cara de su madre es de color mantequilla; tiene una expresión que Pablo no ha visto antes. Podría ser una mezcla de furia y miedo. Los ojos muy rojos.

Ahora puede imaginarse lo que viene a continuación.

—¿Qué pasa Lidia?

La mujer no contesta. Mira el móvil y esconde el rostro entre las manos

—¿Qué te pasa? Estás temblando.

Ella se muerde los labios, se acerca despacio al oído del padre y cuchichea:

—El director del banco. Anoche. Dice que es una apuesta. No sé, por internet... —balbucea.

Ahora juntos consultan en la *tablet* la cuenta bancaria.

—Mira, a las 00.05 de la noche, ¿ves? Por lo menos, 5.000 euros.

—Pero es imposible. Imposible, Lidia.

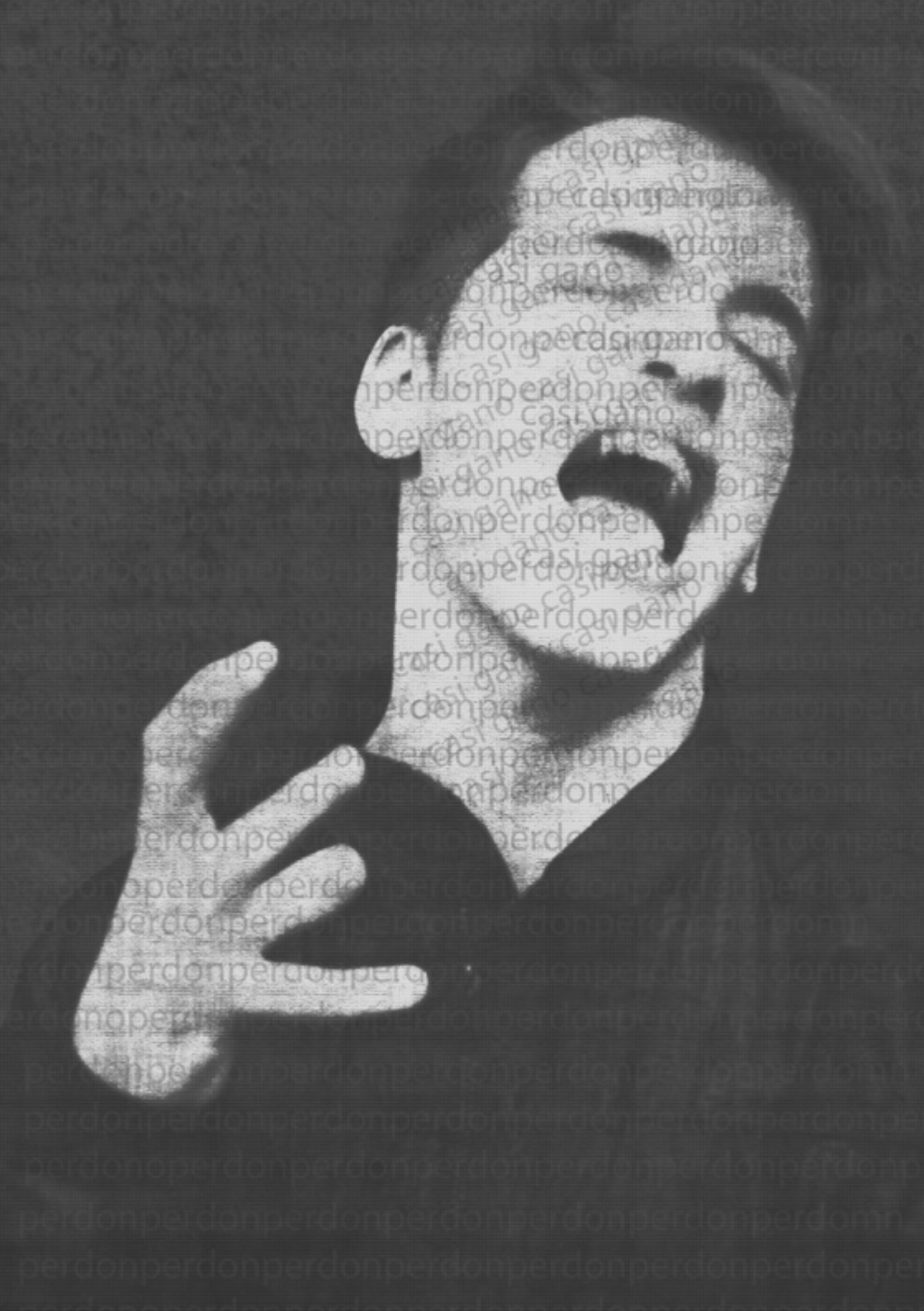
—¿Es que no entiendes lo que te digo? ¡Mira!

—Pero... ¿cómo?

—Una empresa de póker online ¿Lo ves? Me ha dicho el director que al principio fueron cantidades pequeñas...No entiendo, no entiendo.

—Vamos a la policía. ¡Es una estafa, Lidia! Es un robo. Dame el teléfono... ¿sabes el número de la policía?

—Papá, por favor, no. No llames. Yo quería... Pero es que casi gano mamá. Casi gano. Perdón, perdón.



# Montaña ruSa



La tarde cae sobre el parque y un viento helado agita los abetos. El cielo, aún naranja, va llenándose de rojos, violetas y azules graves que avisan de la retirada del sol.

Es la hora de reunirse, siempre al lado de la fuente, en el banco más próximo a los columpios. Si te fijas bien, arrastran los pies como si les costara caminar por el mundo. Puede ser por el peso de las mochilas. Aunque apenas abran los libros, las cargan a diario sobre los hombros. O quizás ese caminar perezoso, lánguido, sin energía, sea el modo de decirle a la gente: “Aunque no os gustemos, aquí estamos”.

Y como de mala gana ocupan su sitio. No hay lugar más nuestro que ese donde nos aceptan, donde nos permiten ser. Sin críticas. Sin exigencias. Ese lugar único es el banco verde de madera junto a la fuente. Allí se juntan siempre que pueden.

Los *grillos* son perdedores, a lo mejor en el futuro la cosa cambia, pero de momento no. *Looser* llevan escrito en la frente. Jorge es el más listo. Saca buenas no-

tas sin apenas esfuerzo. Es ingenioso, rápido como él solo, pero cuando le conviene, claro. Un chico así podría haber sido muy popular, el típico creído. Es decir, todo lo contrario al Jorge que enciende un peta sobre el respaldo del banco. Su madre era muy joven cuando lo tuvo. A menudo recuerda aquella vez en la feria del pueblo, era un enano casi, pero subieron juntos a los coches de choque. Lo pasaron de miedo, ella le compró una manzana de caramelo y luego tomaron perritos con refrescos. Tan divertida, tan bajita, tan alegre. Así era su mamá. Una tarde, él no recuerda los detalles, ella lo abandonó en otro parque, de otro pueblo, sin dar ni media explicación. Allí estuvo solo hasta que vino una policía a recogerlo. No ha vuelto a verla. Ahora vive con su tía, que lo trata más o menos bien. No es lo mismo.

Marcos presume de ser el más grillo entre los *grillos*. Muy moreno, bajito, no para quieto y habla como si tuviera un megáfono en la garganta. Marta y él son amigos desde hace mucho. Con apenas ocho se casaron. Fue junto al lago, un domingo de verano que pasaron de excursión con sus familias, almorzando arepas, bebiendo limonada, oyendo música y bailando sobre la hierba seca del campo. Menudas risas se echaron las madres con la ocurrencia del casamiento. A Marta le pusieron un mantel de hilo blanco en la cabeza, imitando un velo. Aquel día...

Ahora ella tiene la cara llena de granos y en el instituto la llaman jirafa porque es muy alta. A Marcos le da igual lo que digan. En realidad, le molesta que la gente se burle porque ella le saca un metro o porque en quinto tumbó a dos chicos, sola y a puñetazo limpio, para defenderlo. Con ella se siente bien; es lo único que cuenta.

Lo de Tana nadie lo entiende. Desde que se conocieron en la catequesis de la parroquia es una más del grupo. Y eso que vive en una buena casa al otro lado del polígono, estudia en el colegio inglés y su padre tiene un cochazo... Tana no encaja en ningún ambiente. Con ellos se siente bien; es lo único que cuenta.

Sentados en el parque, de negro como es habitual, celebran que Marcos ha pillado hierba. Él está de buen humor hasta que una ráfaga de aire arrastra remolinos de hojas secas y le impide encender el porro. Encima, la fuente salpica gotitas de agua helada en todas direcciones. Otra molestia añadida.

Marta abre su anorak para protegerlo del viento; él se acurruca en ella como un osito feliz. Es muy blando. Eso se sabe.

Manuel a sus once años se siente un privilegiado por estar con ellos. Está pendiente de cada palabra, de cada





movimiento, aunque a él no le pasan el porro. Es muy joven y es lo que hay, pero en silencio sigue atento a todo, como si quisiera aprender muy deprisa.

Tana, como de costumbre, permanece en su mundo, aunque esté rodeada de gente. Oye voces, pero no escucha. Sus ojos azules persiguen el canuto, que deja de circular al llegar hasta las manos, violetas de frío. Tiene una melena larga que lleva casi siempre revuelta y un cuerpo de mujer que ella desprecia con todas sus ganas. Qué distinto sería el mundo si todos los cuerpos, tallas y estaturas fueran perfectos. Si no tuvieran que ajustarse a las reglas de alguien - seguramente perfecto- que estableció las buenas y por supuesto las malas. Tana odia su pecho, sus muslos, sus curvas y las esconde cuando puede dentro de sudaderas oscuras o abrigos grandes. Hoy el clima está de su parte. El invierno es la mejor estación para los cuerpos tímidos.

Mientras hace volutas redondas con la punta de la lengua, se pregunta dónde estará él ahora. ¿Con la gente de la uni? ¿Con algún amigo? Puede que con alguien mejor que ella. Se pierde en esos pensamientos demasiadas veces porque su mente es un video que repite la misma historia cada 20 segundos. Todo gira alrededor de lo mismo, alrededor de la misma persona. Ella tiene un truco que le viene bien para poder aislarse. Es su modo cometa.

Cuando la dejan en paz, pulsa un interruptor en su cerebro para desconectar del mundo, así puede verlo desde arriba como si fuera un pájaro o una cometa. Al activar el botón, sigue pensando en sus cosas al mismo tiempo que está en clase, viendo una serie, cruzando el tráfico. Incluso es capaz de mantener una conversación y recordar palabra por palabra lo que le han dicho. Y todo sin bajar de las nubes. Como ahora, totalmente ida, pero capaz de vigilar que el porro no circule muy lejos de sus manos frías. Con un simple codazo, lo recupera, le da una calada honda y vuelve a ser cometa.

Ya oscurece en el parque y Tana disfruta de una enorme palmera de chocolate compartida con los demás. Hasta que distingue entre los árboles una figura bien conocida: es Alberto; su Alberto. Se incorpora de un respingo y esconde la palmera en un bolsillo, el porro bajo la suela de sus botas. Sin saber muy bien por qué, el corazón le va a mil.

Él se acerca serio, saludando con la cabeza. El viento arrecia y Alberto se ajusta la solapa de la cazadora como un actor de cine, con esa gorra calada que le queda tan bien. No dice ni palabra, pero fija los ojos en Tana como si pudiera atravesarla. Como si pudiera leer en la cara de la chica cada una de las cosas que ha hecho mal durante el día.

—Fumando lo que no debes, ¿no?

Tana aplasta la colilla un poco mejor y busca un abrazo para que desaparezcan todas las preguntas y los malos rollos.

Pero Alberto no viene con ganas de tonterías. Simplemente le aparta el pelo de la cara y examina sus ojos claros, saltones, rojos, como analizaría un policía a una sospechosa habitual. Tana siente las excusas atropelladas en la garganta, pero no puede construir ni una frase.

—Bueno, adiós. Ya nos veremos —es lo que único que le sale al despedir a sus amigos.

Antes de darse cuenta, Alberto se ha distanciado bastante de ella, con esos pasos seguros tan suyos, la cazadora marcando espalda, la gorra ladeada en esa bonita cabeza, que gira un instante para meterle prisa. Y todo sin palabras, porque Tana interpreta sus pensamientos, gestos y deseos sin que él tenga que esforzarse en mover los labios.

Logra alcanzarle para andar a su lado. Pero no es posible, porque de dos zancadas la deja atrás y avanza unos pasos por delante de ella. Como siempre, Alberto camina unos pasos por delante de ella.

Cuando Tana llega a casa, nota un golpe de calor que le devuelve la circulación en las manos. Por el pasillo va soltando bufanda, abrigo, mochila y el gorro de lana que le regaló su abuela. Luego es ella la que se desploma en el sofá, como un edificio en demolición. No tiene notificaciones. Poner su lista de Spotify ‘*Temas de Días Malos*’ es lo primero que se le ocurre para dejar ese estado del que está tan harta. Suena Radiohead; un billete directo para subir de nuevo a la cometa.

Recuerda las caras de su gente al despedirla: incompreensión total. No entienden lo que pasa ni la apoyan como antes. Entonces nota un nudo en el estómago: demasiada ira.

Si hubiera estado menos ida. Si hubiera tirado el peta a tiempo, antes de que él se diera cuenta... Si en lugar de poner cara de tonta le hubiera dado un beso cariñoso, romántico, en plan niña buena. Muchos “ysis” que conducen a una situación perfecta en la que son una pareja feliz. Pero la realidad es un bajón increíble que no se le quita ni oyendo buenas canciones.

*—Encima está lo de Marcos —se dice —Porque Alberto se pone de malhumor cada vez que me ve con él. ¡Pero es absurdo! Si Alberto no quiere nada conmigo, sólo es... Hay que estar mal de la cabeza. Es posesivo. Yo qué culpa tengo de lo que invente.*

Tana da vueltas en círculo por el salón, toda su atención está en el móvil.

*—Aunque puede que sea injusta y esa reacción tan dura significa que le importo. Pobre. Será eso. Se ha tenido que sentir fatal. Es normal que sienta celos. Ha visto como Marcos me dio su palmera y le ha afectado.*

Ahora todo tiene sentido ¡Lógico! La culpa es suya por no pensar en Alberto. De nuevo, los pensamientos se atropellan sin control.

*—No me lo perdona. Está celoso —Tana sonríe —si siente celos es que le importo.*

Experimenta un subidón repentino. Se siente bien, pero dura poco y la angustia vuelve a estrujarle el estómago como una garra. Tana salta del sofá y se dirige a la cocina. Allí todo está impecable. Revolotea de un lado a otro. En la despensa busca algo dulce y en la nevera, salado. Dulce o salado, qué más da con tal de calmar esa angustia. Coloca sobre el mármol de la encimera un festín a base de chocolate, galletas, salchichas, tostadas y comienza a devorar la comida. Las palabras de Alberto resuenan dentro de ella.

*—Vaya pintas. Das vergüenza. Con el rímel corrido*

*pareces... No sé qué he visto en ti. Eres una niñaata.*

Tana revive el desprecio al dejarla en casa, el empujón en respuesta a un intento de abrazo.

*—Te he dicho que me dejes en paz.*

Y luego, el silencio. Ese modo de decirle adiós, tan seco, tan... ¿definitivo?

*—Está harto de mí —piensa.*

Coge una tostada untada en mayonesa y come. No es lo bastante buena para él. Come. Revisa el móvil. Come.

En el recibidor suenan los pasos de su hermana y también el jadeo de su perro.

*—Hola ¿ya en casa? Y poniéndote ciega, ¿eh? Pues sí que estamos bien.*

Quisiera compartir la tormenta interior con alguien, aunque mejor no dar pistas. Su familia vive en un planeta más sereno. Un mundo seguro, confortable, al que ya no pertenece ni sabe volver.

*—No me encuentro bien, me voy a la cama.*

—Y esa cara. ¿Estás fumada? Tana... ¿Qué pasa? ¿Has discutido otra vez con donperfecto?

—Qué va. Me duele la cabeza. Además, tú por qué te metes. Es mi vida, joder, ¡mi vida!

—A mí me parece que te la estás amargando un poquito, ¿no lo ves? Por favor, que a tu edad deberías...

—Déjame en paz. ¡Qué te calles ya!

—No. Ahora me escuchas. No sales apenas con tus amigas. No te veo feliz ¿Cómo permites que un tío te controle de esta manera? Pareces tonta y no lo eres, Tana, tú eres...

—¡Qué me dejes!

Tana sale de la cocina dando un buen portazo; el perro la sigue. Acariciando ese pelo áspero recupera algo de calma. Con cada lengüetazo aumenta la armonía, pero no dura. El dolor siempre regresa porque nunca se marcha.

En su habitación, de nuevo, la inmensa negrura. ¿Será verdad que nunca es feliz, como dice su hermana Alicia?

Siente ganas de moverse y vuelve a su lista de reproducción. Con *Sólo quiero bailar*, comienza a desnudarse, a dar pequeños saltitos delante del espejo. Se desprende de la ropa al ritmo de la canción, ligera, libre



como las hojas del jardín con el viento. Tras su ventana, la noche de noviembre.

Justo en ese instante preciso, descubre a una chica que le cae bien; se cae bien. Puede contar estrellas, espiar centellas, buscar luceros y reír como una loca mientras lo hace. Ha escapado de ese sitio oscuro que la deja sin fuerzas.

*“Mira como avanzo, valiente, dejándolo todo atrás”* grita ahora con los de Miss Caffaina.

Tana baila, salta, vuela, descalza sobre la tarima de su cuarto. Se fija en la foto de la estantería, en el parque de atracciones con varias amigas. ¿Cuánto hará de aquello? No hace mucho era feliz.

De repente, se encuentra ante el espejo. El hada alegre que danzaba en el firmamento ha desaparecido. Ahora sólo ve a una chica con ojeras y los párpados hinchados, con un cuerpo que le repugna y en ropa interior.

Tana se derrumba en el suelo. Llegan mensajes nuevos de gente que en este momento no le importa. Una fila de tics azules le demuestran que él lo ha leído todo, pero Alberto sigue en silencio. Y entonces Tana rompe a llorar. Esperando una señal, por pequeña que sea. La necesita.

Encogida sobre la cama con el pijama de ositos dese-  
searía volver a ser pequeña. Luego rebusca en los bol-  
sillos de la sudadera y descubre que aún queda una chi-  
na para hacerse el último porro. Apagar, desconectar y  
subir de nuevo a su cometa. En realidad, no es mucho  
pedir.

Mientras da una calada, su madre golpea con los nu-  
dillos detrás de la puerta.

—Nena, ¿estás bien?

Aspira la última en la ventana y entre dientes contes-  
ta.

—Sí... ya apago. Hasta mañana.

De nuevo suena una notificación. Ahora sí.

—*Buenas noches, princesa, Sabes?*

—*Todo lo que hago es pq t quiero*

Tana no espera y le contesta enseguida. Luego cierra  
los ojos y esconde una sonrisa en la almohada. Esta no-  
che podrá dormir.

Al fin y al cabo, el amor es así. Una montaña rusa de  
emociones. Mañana será otro día.



**Unas  
~~buenas~~  
vacaciones**



Bajo el sol del mediodía, Marce va bien sujeta al brazo de la abuela. Estrena unas sandalias blancas de charol que le quedan un poco grandes, así que teme tropezar y salir rodando cuesta abajo. Es feliz con sus zapatos nuevos, tan brillantes al sol. Siempre le hacen algún regalito cuando llega al pueblo y éste es genial. Con esas sandalias se siente más alta y lo mejor es el taconeo que van haciendo las suelas contra los adoquines.

—¡Ay! ¡Me resbalo! —se queja.

La abuela impide que caiga. Suavemente acerca el cuerpecito de la niña al suyo, es tan delgado, pesa tan poco, que no le cuesta sostenerla y juntas, reanudan el paso a un ritmo más lento.

A Marce suelen echarle menos edad de la que tiene, por supuesto eso no le gusta. Lo de crecer lentamente no va con ella, porque es impaciente y muy rápida para casi todo, excepto para crecer.

Unas gotas de sudor resbalan por la frente de la niña.

El pelo suelto es como una bufanda de lana bajo el sol de agosto, pero no quiere recogerlo porque le ha costado tenerlo así de largo. A sus padres les disgusta que vaya con esos pelos por el mundo, sin embargo, ella está orgullosa de su melena tan de leona salvaje. En realidad, a Marce le encanta todo lo que le hace parecer femenina.

Al llegar a la puerta de la Iglesia su abuela se para a saludar a una vecina y ella observa los coches aparcados en la plaza. Uno es del padre de Adelina. Se ve que ya han llegado. ¿Cómo estará Adelina este verano? ¿Cómo estará Alejandro? Ojalá que la acepten en el grupo, como el verano pasado. Los del pueblo no es que sean amables con los veraneantes, al menos no lo son con ella. Adelina y sus hermanos, sin embargo, son populares. Caen bien a todo el mundo. Con ellos jamás te aburres. Sobre todo, son la única opción para no pasar sola un verano en el pueblo.

—Marce, ¿quieres que vayamos a casa de doña Pura? Ya ha llegado Adelina, ¿no quieres ir a saludarla?

—No sé, abuela quiero que me compres “eso”. ¿Y si cierran la tienda? ¿Y si llegamos tarde?

Marce recuerda que la tienda de El americano cierra a las dos en punto. Mejor no la hay en el pueblo y una vez eche el cierre, lo mismo su abuela cambia de opinión.

—Anda, tonta, ya iremos mañana. Si te lo he prometido y te lo voy a comprar. Vamos a verlos...

—Abuela, ¿y si mañana no quedan? ¿y si los han vendido todos? ¿Qué hago entonces?

—No creo; ya verás que no. Anda, vamos a ver a tu amiga.

Marce empieza a sentirse inquieta, pero agacha la cabeza y asiente. Por el camino nota un pellizco en el estómago, quizá no quieran saber nada de ella. Y entonces, de nuevo, estará sola. Totalmente sola, como de costumbre.

La casa de Doña Pura es de la más grandes del pueblo. Tiene un jardín con árboles, setos de flores y una piscina enorme donde reúne a sus nietos en verano. A veces también vienen chicos del pueblo. Esa familia es así, de invitar a todo el mundo y cuantos más, mejor. Se comenta que de noche los nietos hacen fiestas que duran hasta que amanece. Ella a veces ha oído música a lo lejos, desde su casa, pero jamás ha ido a una de esas fiestas. Y por supuesto, nunca se ha bañado allí. Este verano piensa hacerlo. Salir. Beber. Reír. Todo excepto estar sola.

Marce, en el fondo, se alegra de la decisión. Para qué aplazar el encuentro si tarde o temprano tendrá que pasar por ahí. Es tan tímida que sólo de pensar en cómo la



recibirán nota el estómago revuelto, pero entonces recuerda sus planes. La decisión irrevocable de estar con gente nueva.

Al llegar, la puerta está entreabierta, aunque la abuela toca el timbre, por respeto a la intimidad de Doña Pura. Adelina sale a recibirlas repartiendo abrazos, con una bonita sonrisa.

—Pero bueno niña, ¡qué guapa estás! Muy cambiada, mucho más alta, más...mujer —observa la abuela.

—Pasad Lola, pasad, que hace un calor horroroso en la calle —vocea doña Pura desde la galería.

Lo bueno de las vacaciones en el pueblo de su abuela es que se esfuman los padres. Y también las normas. Cada cual va a su aire. Nadie se mete en lo que haces o dejas de hacer. Aparte de respetar el horario de las comidas y las siestas, hay pocas reglas más. Puedes desaparecer todo el día sin dramas ni preguntas. La cosa es así incluso estando con adultos: ellos hacen su vida y te dejan en paz.

Justo lo que está pasando ahora. Las abuelas de charla y en el jardín se está montando gorda. Música, snacks y con los restos de limonada, Alejandro, ha preparado una olla de sangría que, además de vino, lleva vodka y media botella de aguardiente.

—¿Te apetece? —le pregunta un chico muy simpático que no ha visto antes.

Marce la rechaza, pero luego se acerca a ellos y mete los pies en el agua. Es un placer porque le arde la piel del empeine por el roce de las sandalias. Muy cerca de ella, uno se tira en bomba a la piscina y la saluda haciendo el tonto.

Nota palpitaciones en el pecho y una alegría inmensa y vergüenza y un poco de miedo. Su cara está roja pero no es del sol. Empieza a darse cuenta de lo maravillosa que es la libertad compartida con ... ¿nuevos amigos?

Llega la hora de almorzar. Luego han quedado para hacer una excursión al río. Ella, sí ella, esta vez no se quedará fuera. Está invitada y se siente importante.

—¡Ah! No te olvides de traerte toalla, por si nos bañamos —le advierte Adelina al despedirse.

Marce retuerce una punta de su blusa blanca, mira al suelo y casi no le sale la voz. Por primera vez en su vida es una más; igual entre la gente igual.

—Abuela, te lo pido por favor, esta tarde vamos a la tienda a por “eso”.

—De acuerdo, pero no prefieres irte con ellos... ¿no has quedado para ir de excursión?



—¡Y cómo quieres que vaya si no tengo un puñetero bañador! ¿Eh? Abuela, es que no te enteras, ¡joder! Es que no sé para qué dices que vas a hacer una cosa y luego nada, venga a darme excusas. Todo es mentira siempre. ¡Joder!

La abuela no responde. Pasa por alto sus malas contestaciones. Ella es vieja, conoce a las personas, entiende que a veces su nieta se enreda en pensamientos angustiosos y responde con ira. En esos momentos explota de furia precisamente con quienes más la apoyan.

Cuando quieres que te acepten, ser una más, simplemente una más y la gente te devuelve burla o desprecio, cómo pretenden que regales risas. Demasiado dolor para un cuerpo tan pequeño; no caben tantas cosas.

A las cinco de la tarde retumban unos golpes por toda la casa. El puño de hierro golpea la puerta y acaba con el silencio de la siesta. A esas horas nadie llama; tan sólo se oye a las cigarras.

Desde su cuarto, Marce escucha cómo su abuela larga a la visita con amabilidad, pero tajante: “No puede salir, está echada, no se encuentra bien. Sí; es que le duele la barriga. Mucho mejor, quedáis mañana”.

Marce resopla tendida sobre la cama. Tiene la im-

presión de que todo lo interesante en la vida siempre empieza mañana.

El tendero las oye llegar desde dentro, pero no les abre la puerta hasta las 5.30. En la tienda del Americano tienen un poco de todo: latas de melocotón, fardos de legumbres, una formación de botellas de aceite y alpargatas... Los productos de matanza cuelgan en una esquina. Marce se deprime.

—Buenas tardes, venimos a por un bañador, explica la abuela.

—Buenas tardes —el hombre le guiña un ojo a Marce y saca del bolsillo un caramelo.

¿*En serio?* —se dice, mirándolo incrédula.

—¿Y qué talla tienes? A ver... Espera un momento.

El hombre se adentra por un pasillo hacia otra sala donde hay telas, retales y percheros atestados de prendas.

Demetrio se encaja las gafas a media nariz y rebusca entre unas cajas. No encuentra nada, así que da media vuelta y se pierde por un pasillo. Ella aguarda en silencio, a punto de llorar. Mira a la abuela que intenta calmarla con su amplia sonrisa.

—No te preocupes —le dice en voz baja —si no queda

tu talla, mañana vamos a Vélez, allí hay más tiendas.

—¿Mañana?¿Otra vez?— Mañana es tarde, piensa. Necesita tenerlo ahora. Una lágrima se desborda sola, sin que apenas mueva un músculo de la cara.

Demetrio aparece al rato con tres cajas pequeñas que abre con ceremonia. Uno es rojo y azul. Antiguo. Feo. Pero parece exactamente su talla. Otro, el verde oscuro, es tolerable, aunque el tercero... Sí; ese es el suyo. Blanco, con una guirnalda de margaritas cosidas sobre el escote. De una tela blanca suave, como terciopelo.

—Qué bonito es éste, ¿no? — le pregunta la abuela— Aunque lo veo un poco grande y esta tela cede con el agua. Tendrías que probártelo...

Marce se aferra a la prenda. No necesita pruebas. Ese es el suyo. Está muy segura.

En casa, se mira en el espejo del armario de caoba. Se coloca el bañador blanco sobre la ropa, estirando de los lados para que se ajuste. Se siente genial cuando suena el móvil: es Adelina.

—Oye, ¿estás mejor?

—Mejor, sí.

—¿La regla, no? Yo la verdad también me pongo fa-

tal... Bueno, nosotros ya volvemos del campo. Vaya pedo y con lo oscuro que está. Ha caído una botella de anís con el “yo nunca” ...

Marce la escucha sin pestañear, sin saber qué decir. Resulta fácil charlar cuando tienes costumbre; ella no tiene ni costumbre ni amigas.

—...El rubio, vomitando hasta ahora mismo. Vamos, un asco. Qué fantasía... Bueno, mañana te veo en casa de mi abuela, ¿eh?

—Sí, claro. Adiós.

Cuelga y enseguida se arrepiente. ¿Qué pensará de ella? Y si se ha molestado por colgar tan deprisa. Y si esperaba más conversación, que dijera algo interesante. Mañana intentará ser divertida, habladora, sociable, ¿pero cómo se hace eso?

El aire corre tibio, a veces caliente, en el jardín de Doña Pura. Mece la mimosa y agita la parra arrastrando semillas de uva hasta el agua clara, que resplandece de verdes y dorados.

Marce descansa sobre una tumbona, envuelta en su toalla hasta las rodillas. Aún no se atreve a exhibirse en bañador; nadie la mira. Los chicos están preparando sangría y tienen la música muy alta. Todo es perfecto.

Sobre todo, Adelina en bikini, tan tranquila meciendo el agua, dibujando ondas alrededor de su cintura.

Marce se deshace por fin de la toalla y camina muy tiesa por el borde de la piscina con su nuevo bañador. Acerca un pie al agua. Siente alivio y aprovecha para zambullirse con estilo, como su padre le enseñó a tirarse.

Saca la cabeza y observa los lirios azules que bailan con el viento. Los cuerpos bronceados de los otros; seguro que han estado en la playa. Ella está blanca como la harina, casi tanto como el bañador. Entonces vuelve a sentirse la de siempre, extraña, rara, excluida de todas partes.

Desde el agua contempla el cielo, las nubes, la parra cuajada de uvas. Esta vez será distinto.

—Marce, sal del agua, ven a probar la sangría —grita Alejandro.

Intenta salir pero no puede. El bañador se ha vuelto pesado y correoso. Es como arrastrar un trapo; en lugar de ceñirse se enrolla al cuerpo. Le sobra tela por todos lados, hasta los tirantes han crecido de repente.

Estira el bañador dentro del agua, intenta ajustarlo al cuerpo pero ahora le sobra escote y con esfuerzo procura adaptar la prenda para que no se le vea nada. En



las escalerillas, lucha por subir peldaños, ajustar el bañador y ocultar los pezones.

Nota un escalofrío por la espalda, tiene la piel de gallina, los pies arrugados y el corazón al galope. Desearía volverse invisible porque está segura de que en este momento todos la están mirando. Duda si echar a correr hasta la toalla o tenderse allí mismo, en el bordillo. Razona y decide que lo mejor es quedarse quieta al sol, probar la sangría que Alex le ofrece. Sólo espera que la tela seque rápido y se ajuste de nuevo al cuerpo.

Bebe de un trago el vaso que le ofrecen. Luego un segundo. Al tercero, todo le da vueltas tumbada al sol sobre la piedra caliente. Es agradable quedarse así, relajada con su cuarta sangría, los ojos entornados mirando las nubes.

Nota el tacto suave del gato de Adelina, la caricia en el brazo, el ronroneo a su alrededor. Con los ojos cerrados advierte el roce sedoso de la cola en su muslo. Se siente muy ligera, flota de gusto y advierte un placer nuevo e intenso entre las piernas.

—¿Quieres una calada?— le pregunta el rubio al oído.— ¡Joder! ¡Pero qué mierda es ésta...!

Marce abre los ojos de un sobresalto. De pie, el chico la apunta ante todos con el dedo. Ya conocen su secre-



to. Un pequeño apéndice que sobresale entre el pubis y abulta rígido bajo la tela blanca.

—¡Es un tío, es un tío! —brama delante del grupo.

Marce se encoge en un ovillo, redondo y triste, sobre la piedra. Luego nota en los hombros su toalla de rizo, envolviéndola, ocultando su cuerpo de todas las miradas.

—Vamos nena —susurra la abuela a su lado —es hora de volver a casa.

**Si  
necesitas  
apoyo**

**Te  
podemos  
ayudar**



LA RED DE ATENCIÓN  
A LAS ADICCIONES

<https://unad.org/guiaRecursos.php>



Red UNAD en Andalucía  
Red UNAD en Aragón  
Red UNAD en Asturias  
Red UNAD en Canarias  
Red UNAD en Cantabria  
Red UNAD en Castilla y León  
Red UNAD en Castilla-La Mancha  
Red UNAD en Cataluña

Red UNAD en Comunidad Valenciana  
Red UNAD en Extremadura  
Red UNAD en Galicia  
Red UNAD en La Rioja  
Red UNAD en Madrid  
Red UNAD en Murcia  
Red UNAD en Navarra  
Red UNAD en País Vasco

